

Enrique Espinoza

León Trotsky, joven sexagenario

As one of the leaders of 1905 and 1917, as Lenin's most conspicuous co-worker, as a brilliant internationally read Marxist writer, Trotsky has become a symbol.—*Waldo Frank,*



L antiguo calendario ortodoxo, que tiene respecto al gregoriano un retraso de dos semanas, hace que el 25 de octubre, día de la Revolución Rusa, sea para nosotros el 7 de noviembre. En esta fecha justamente, según cualesquiera de estos cómputos, cumple sus años León Trotsky que, nacido en 1879, alcanza ahora los sesenta años cabales, sin dejar de ser joven por su espíritu.

En el prefacio de su gran autobiografía, escrita en el exilio (aquí si corresponde esta palabra de origen latino fuera de toda pedantería, porque se trata de la Isla de Prínkipo) Trotsky dice (septiembre de 1929) a propósito de lo que acabamos de enunciar:

«Cuando este libro aparezca, tendré cincuenta años. El día de mi nacimiento coincide con el de la Revolución de Octubre. Los místicos y los alumnos de Pitágoras pueden sacar de ello las conclusiones que quieran. Por mi parte, no me di cuenta de tan curiosa coincidencia hasta tres años después de las jornadas de Octubre».

En efecto, el compañero de Lenin tenía bastante que hacer durante aquel período, para acordarse de su propia vida, antes de poner término a las invasiones extranjeras, dirigidas por los enemigos nacionales de la nueva Rusia.

Pero aun durante este tiempo, en medio de la vorágine de la guerra civil, Trotsky no deja la pluma con que había empezado a luchar un cuarto de siglo antes. En su famoso tren militar polemiza con el teórico de la Social-democracia alemana, Carlos Kautsky, a lo largo de todo un libro, y escribe además centenares de artículos, que son difundidos por la prensa rusa y mundial.

No en vano, pues, su primer anhelo fué, según declara en «Mi vida», ser escritor. Esta actividad, que muchas veces se confunde con la del militante revolucionario, constituye lo esencial de la existencia de León Trotsky. Así, después de 1920, junto a sus primeras obras históricas, publica *Literatura y Revolución*, siguiendo el ejemplo de Marx, Engels, Lasalle y Plejánov,—los grandes teóricos del socialismo,—que nunca olvidaron las bellas letras.

Cuando en diciembre de 1928, Trotsky es arrojado al destierro de Alma-Ata, la edición oficial de sus obras completas sobrepasa ya el volumen duodécimo sin contar los cinco referentes a asuntos militares.

En la década transcurrida desde entonces, Trotsky, no obstante las mil dificultades que ha debido afrontar a su paso de un país a otro, lleva realizada una labor escrita, cuyo conjunto duplica de seguro aquel número.

Nada más oportuno que recordar (hoy que su autor cumple los sesenta años) esta obra incomparable, que tiene millares de lectores en todos los idiomas y que a menudo impone un respeto inconfesado a sus propios adversarios.

Desde luego, la Revolución Rusa llena la mitad de esta obra gigantesca, pues como el mismo Trotsky ha tenido ocasión de manifestar a los estudiantes socialistas de Copenhague,

en una magnífica conferencia publicada en nuestro idioma por la editorial «Claridad», dicho acontecimiento ha sido el eje teórico y práctico de toda su vida consciente.

«Quien quiera conocer los aspectos de una verdadera revolución popular, tiene que acudir a la obra de Trotsky»—sostiene el gran historiador alemán Arturo Rosenberg, que desde la llegada de Hitler al poder, profesa su cátedra en la Universidad de Oxford.— Y es verdad, porque ninguno de los aspectos—ejemplares o repudiables—de la revolución «desfigurada» y «traicionada», escapa al análisis de Trotsky en el curso, cada vez más impetuoso, de su tenaz obra de historiador y de crítico.

Cuanto sucede en el país de Stalin y la burocracia soviética, le preocupa hondamente y todos los «grandes virajes» desesperados de los hombres del Kremlin están previstos en sus escritos, empezando por el sensacional pacto de amistad con Hitler. (*Last but not least*, como dicen los ingleses).

Después de todo, su labor determina la única forma de democracia que hoy es posible en la U. R. S. S. ya que todas las otras cabezas opositoras de izquierda, centro y derecha fueron brutalmente suprimidas por haberse querido entender con Hitler...

Naturalmente, el mismo Trotsky fué objeto de tal acusación en primer término. Y aunque los cargos no fueron nunca probados y sí, desechados por una comisión internacional—presidida por el gran filósofo y educador norteamericano, John Dewey—entre nosotros, un estadista extraordinario como el Dr. Lisandro de la Torre, que había sufrido en carne propia acusaciones parecidas, no tuvo empacho en repetir dichos «argumentos» por boca de ganso entre los aplausos de muchos fanáticos que luego no más lo atacaron, para llorarlo al día siguiente de su muerte, sorprendidos de que el gran argentino pudiera sentirse solo entre ellos, «los jóvenes dispuestos a secundarlo».

La inmensa obra llevada a cabo por Trotsky en el campo de la política internacional, especialmente su análisis de los su-

cesos que se han desarrollado en Alemania, Francia, Inglaterra, China y España, países todos que cuentan con un libro o dos en su bibliografía personal de los últimos diez años, no deja lugar a dudas acerca del acierto de su posición.

En vísperas de la entrega del gobierno del Reich a Hitler por parte del general Hindenburg, que había sido elegido Presidente con el voto de los socialistas alemanes, Trotsky publica un libro bajo el título de una célebre conferencia de Marx: «¿Y ahora?», seguido de un folleto complementario. «Diálogo con un obrero socialista», del que no podemos menos que copiar las siguientes líneas como un mentís ante quienes se empeñan en negar a Trotsky el distingo de las condiciones nacionales para una salida revolucionaria, cuando no queda otra.

Dice Trotsky al obrero socialista alemán: «No se trata de copiar de una manera servil a la U. R. S. S., haciendo una virtud de cada una de sus necesidades. Esto es indigno de marxistas. Aprovechar la experiencia de la Revolución de Octubre no quiere decir que se la deba copiar ciegamente. Se debe tener en cuenta la estructura social de las naciones y, sobre todo, la importancia relativa y el nivel cultural del proletariado. Creer que se puede hacer la revolución socialista con la aquiescencia del Tribunal Supremo de Leipzig es propio de filisteos incurables. El proletariado alemán no podrá prescindir de la revolución. Pero en su revolución hablará en alemán, no en ruso. Y estoy convencido de que hablará mejor que lo hicimos nosotros».

Estas palabras que desgraciadamente le fueron escamoteadas al proletariado germánico, hallan su insospechada confirmación en una sentencia definitiva de Goethe. Dice el gran poeta alemán, como fruto de su experiencia personal:

«En un conflicto producido por hechos y conceptos no hay que ser indulgente con el adversario, sino que es menester vencerlo; nadie cede a lisonjas ni a cumplidos tendientes a alejarlo

de su posición ventajosa. En el caso de que no haya otro remedio, todos quieren cuando menos ser desbancados».

Pocas semanas después de la violenta irrupción del nacionalsocialismo en el poder, Trotsky traza su mejor retrato hasta hoy en un artículo que aparece en uno de los últimos números del semanario «Weltbühne», de Berlín, y es reproducido al año siguiente en la «Nouvelle Revue Française», con una nota especial del autor, que había polemizado ya en esta famosa tribuna europea con André Malraux, a raíz de sus primeras novelas. Este ensayo de Trotsky, uno de los más brillantes que han salido de su pluma, fué traducido inútilmente entre nosotros por Tristán Marof y Cayetano Córdova Iturburu. (Decimos inútilmente no sólo porque se había publicado antes una traducción en el «Repertorio Americano», que recogieron en folleto los socialistas de Santiago de Chile, sino también porque el segundo de los traductores nombrados, se fué más tarde a España a aprender de los líderes «antitrotskyistas» cómo se gana una guerra).

Sobre España, precisamente, Trotsky ha escrito además de sus antiguas «Peripecias», editadas en nuestro idioma por Luis Araquistain, según la versión de Andrés Nin, con un epílogo de Julio Álvarez del Vayo, por lo menos otros dos libros de cartas y artículos. En la misma «Historia de la Revolución Rusa», Trotsky consagra unas palabras, que resultaron proféticas, al desarrollo del movimiento obrero español. Escritas a principios de 1931, pueden servir de acápite a su «Última advertencia» de fines de 1937.

Pero los intelectuales que quieren lucirse en los Congresos para la defensa de la cultura, deben olvidar cuanto han leído o traducido de Trotsky para ser admitidos. El joven poeta holandés Jef Last, que luchó en el frente de Madrid hasta alcanzar el grado de capitán, estuvo a punto de verse excluido de uno de esos certámenes, según confiesa en sus «Cartas de España». Sin embargo, pudo decir al fin en la ciudad heroica:

«Quien se calla por temor a que nuestros enemigos puedan servirse de su crítica, se dará cuenta amargamente un día de que los mismos males que dejó de señalar, creciendo incesantemente y con toda tranquilidad, hablan y acusan con más fuerza que cuanto hubiera podido hacer su crítica. Lo que amenaza la vida del paciente es su enfermedad y no el diagnóstico del médico».

Claro que ese crónico enfermo que es el mundo capitalista teme la operación y prefiere recurrir a los curanderos y «manos-santas» de toda laya. Estos charlatanes son, naturalmente, los más decididos enemigos de Trotsky. Pero el gran cirujano del cuerpo social gangrenado continúa trabajando para lo que vendrá en forma imperturbable, dotándolo con toda su experiencia de 1905 y 1917.

En medio de sus trabajos más arduos, Trotsky emprende siempre algunos de mayor significación literaria, como su larga epístola a los directores de la «Partisan Review» de Nueva York, sobre «El Arte y la Revolución», que contiene un fino juicio sobre la pintura de Diego Rivera.

En la muerte de Gorki, sobre cuyas relaciones con Lenin había escrito ya un detenido estudio, que reprodujo hace muchos años en «Amauta» el inolvidable José Carlos Mariátegui, Trotsky añade una emotiva página recordatoria, digna de figurar junto a las otras que ha consagrado antes y después a Lunacharski y la Krupskaia.

El gusto de la buena narración, que siempre ha sentido Trotsky, le hace descubrir un día, anticipándose a los críticos profesionales, la novela inicial de Ignacio Silone: «Fontamara», cuya importancia destaca rápidamente en una nota.

Si por razones fáciles de comprender la mayor parte de los escritores contemporáneos han sido hostiles a Trotsky en nombre de pequeños intereses, no le han faltado nunca al inflexible perseguido del Kremlin, grandes testimonios de simpatía. Entre otros, tan notables como los de V. F. Calverton, Sidney Hook,

Edmund Wilson, Marcel Martinet, Henri Poulaille, podemos citar los de nuestros amigos: Luis Franco, Manuel Rojas y Ernesto Montenegro.

Muchos literatos que en un principio reclamaban el derecho de asilo para Trotsky en Francia y las garantías elementales para sus tareas de escritor, poco a poco se fueron deslizando al campo oficial, sin dejar por cierto de salir gananciosos con el cambio... Esta ventaja les quita, es claro, autoridad. Porque aun cuando Trotsky estuviera completamente equivocado en su interpretación de los hechos (lo que éstos no dejan ya ni siquiera suponer) su obra anterior al destierro no podía menos que ser tomada en cuenta. ¿Acaso se prescinde del aporte intelectual de Plejánov o la Luxemburgo por haberse apartado estos autores de «la línea»?

El proletariado no es en verdad tan rico en hombres de la talla de Trotsky para darse el lujo de sacrificar, por motivos que en todo caso son discutibles, una obra tan permanente como la suya. Los trabajadores lo sienten instintivamente, cuando sus líderes los aleccionan un día con Bujárin, por ejemplo, para declararlo después traidor vulgar...

André Malraux en unas impresiones sobre Trotsky que escribió hace cinco años, de vuelta de un mitin parisién, donde se pasaron algunos noticiarios de los festejos de la Revolución de Octubre en Moscú, dice textualmente: «*Cette multitude que vous taite vous l'habitez comme un remords*». Lo que por cierto no necesita traducción.

Pero aun cuando ahora ocurriera todo lo contrario en Rusia, a causa del celo inquisitorial y la violenta campaña de la G. P. U. otro pensador más grande que Malraux, Federico Nietzsche, que hace sesenta años justamente, habló del tiempo del desprecio, sin pizca de demagogia, nos asegura en «Humano, demasiado humano»:

«Emancipar y dejarse despreciar por los emancipados es el

destino de los conductores de la humanidad y no debe ser tan triste cuando se alegran de encontrar continuadores».

He aquí algo de lo que sentimos esta mañana acerca del autor de «Su moral y la nuestra», con motivo del sexagenario de su nacimiento. En mi libro, «De Heine a Trotsky» (*Los intelectuales y la Revolución*), que no tardará mucho en publicarse, contaremos detenidamente nuestra relación personal con el gran desterrado en su modesta casita de Coyoacán. Entretanto, sólo hemos querido romper, en la medida de nuestras fuerzas, el silencio de «Sur», «Nosotros», «Vértice», revistas literarias que, al parecer, ignoran todavía la existencia de un escritor llamado León Trotsky.

Noviembre 7 de 1939.